

1-14-LA PROVIDENCIA DIVINA

“Si Dios, el Padre Todopoderoso, Creador de un mundo ordenado y bueno, cuida de todas sus criaturas, ¿Por qué existe el mal?” (CIC 309). “¿Pero no podría haber creado Dios un mundo tan perfecto en el mal no pudiera existir?” (CIC 310)

Nadie escapa a la pregunta de por qué existe el mal. Ninguna respuesta es capaz, aquí en la tierra, de resolver este enigma. Sólo lo entenderemos cuando contemplemos a Dios; aquí y ahora sólo podemos conseguir soluciones de compromiso. Sin embargo, no hemos sido abandonados, sin respuesta, a enfrentarnos con la oscuridad del mal. El testimonio de los santos es claro y luminoso: todo da testimonio de que nada nos ocurre sin que medie la Providencia de Dios. Sus vidas manifiestan lo que enseñaban, a saber: una ilimitada confianza en el poder y la bondad de la providencia de Dios. Entendieron literalmente lo que predicó Jesús en el Sermón de la Montaña: “Así pues, no estéis ansiosos diciendo ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’...Vuestro Padre celestial ya sabe todo lo que necesitáis” (Mt 6:31-32).

La actitud de sumisión a la voluntad del Padre del Cielo es un elemento central en la predicación de Jesús. Eso es lo que nos enseñó a rezar: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (CIC 2822). Ha prometido darnos “todo, también”, si sólo buscamos primero y ate todo su Reino. (cf Mt 6:33).

¿Qué es la ‘providencia’ en la que hemos de confiar? El que este término se haya tergiversado en el período Nazi en Alemania, no debe impedirnos utilizarlo apropiadamente. Llamamos Providencia a las disposiciones con las que Dios guía su creación hacia la perfección (CIC 302). Dios no sería el Creador si abandonara su obra a su destino- como el arquitecto que abandona la casa una vez construida y no tiene ya más nada que ver con ella. Dios es Creador no sólo en cuanto determina el comienzo de todas las cosas, y las llama al ser de la nada, sino también en cuanto las sostiene en el ser y las guía hacia su destino final. Todas las criaturas, incluso las que se apartan de Dios, permanecen enteramente en su mano (CIC 301).

La providencia de Dios lo abarca todo: incluso lo más pequeño cuenta para ella como los gorriones y los cabellos de nuestra cabeza (Mt 10: 29-30). Todas nuestras potencias, también, e incluso nuestra voluntad está en las manos de Dios. (CIC 303). Garantiza a sus criaturas actuar según su ser; es la intención de su providencia que usemos de ellas para nuestro beneficio. Se nos permite participar en su providencia. Y lo hacemos por medio de nuestras buenas obras (CIC 306; 1951).

Sin embargo, por un misterio, incluso nuestras malas acciones no caen fuera de la providencia de Dios. Por caminos que sólo Él conoce permite el mal, y lo convierte, al final, en bien (Cf. Gen 45:8; 50:20). Este misterio llega al culmen en el peor mal que se ha cometido: el asesinato del mismo Hijo de Dios en la cruz (CIC 312). Dios ha convertido esta acción perversa en bien, de hecho, en algo mejor: “Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido el mundo”.